

nadie está emancipado: el que no tiene propiedad no puede ser independiente, y será proletario ó asalariado, ora viva en la condicion actual de las propiedades particulares ó en medio de una propiedad comun. La propiedad comun haria asemejar la sociedad á uno de esos monasterios á cuya puerta distribuyen pan los ecónomos. La propiedad hereditaria é inviolable es nuestra defensa personal; la propiedad no es otra cosa que la libertad. La igualdad absoluta que presupone la sumision completa á esa igualdad, reproduciria la mas dura esclavitud, haria del individuo una bestia de carga, sometida á la accion que la enfrenaria, y obligada á caminar sin fin por la misma senda.

Mientras que yo razonaba así, atacaba Mr. de Lamennais tras de los hierros de su calabozo, los mismos sistemas con su poderosa lógica, realizada con el esplendor del poeta. Un pasaje tomado de su folleto titulado: *Del pasado y del porvenir del pueblo* completará mis raciocinios. Escuchadle: el es quien habla:

«Para los que se proponen ese objeto de igualdad rigurosa, absoluta, los mas consecuentes concluyen, para establecerlo y sostenerlo, por emplear la fuerza, el despotismo, la dictadura, bajo una ú otra forma.

»Los partidarios de la igualdad absoluta se ven obligados primeramente á atacar las desigualdades naturales, á fin de atenuarlas, de destruirlas, si es posible. No pudiendo nada sobre las condiciones primeras de organizacion y desarrollo, principia su obra en el momento en que nace el hombre; en que el hijo sale del seno de su madre. El estado libre se apodera de él, y vedle ya dueño absoluto del ser espiritual, como del ser orgánico. La inteligencia y la conciencia, todo depende de él, todo está sujeto á él. No mas familia, no mas paternidad, no mas matrimonio ya; solo habrá un varon, una hembra y niños que el Estado manipule, de los que hará lo que quiera, moral y físicamente; una esclavitud universal y tan profunda, que nada escapa de ella, que todo lo penetra, hasta el alma misma.

»En lo tocante á las cosas materiales, la igualdad no podria establecerse de un modo, ni aun algo duradero, por el simple reparto. Si se trata de la tierra sola, se concibe que puede ser dividida en tantas porciones como individuos haya; pero como el número de individuos varia perpetuamente, seria preciso cambiar tambien perpetuamente aquella division primitiva. Abolida toda propiedad industrial, no hay mas proceder de derecho que el Estado. Este modo de posesion, si es voluntario, es el del monge obligado por sus votos á la pobreza como á la obediencia; si no es voluntario, es el del esclavo, en el que nada modifica el rigor de su condicion. Todos los lazos de la humanidad, las relaciones simpáticas, el cariño mutuo, el cambio de servicios, el libre don de uno mismo, todo lo que constituye el encanto de la vida y su grandeza, todo desaparece sin remedio.

»Los medios propuestos hasta ahora para resolver el problema del porvenir del pueblo acaban por la negacion de todas las condiciones indispensables de la existencia: destruyen, ya directa, ya implícitamente, el deber, el derecho, la familia, y no producirian, si pudiesen ser aplicados á la sociedad, en vez de la libertad, en la que se reasume todo progreso verdadero, mas que una esclavitud, á la que la historia, por muy atrás que nos remontemos, no ofrece nada comparable.»

Nada hay que añadir á esta lógica.

No voy á ver á los presos, como Tartufe, para distribuirles limosnas, sino para enriquecer mi inteligencia con hombres que valen mas que yo. Aunque sus opiniones difieran de las mías, nada temo: cris-

tiano obstinado, todos los bellos ingenios de la tierra no conmoverian mi fe: los compadezco, y mi caridad me defiende contra la seduccion. Si yo pecho por exceso, ellos pecan por defecto: comprendo lo que ellos comprenden, y ellos no comprenden lo que yo sí. En la misma cárcel en donde visitaba en otro tiempo al noble y desgraciado Carrel, visito hoy al abate de Lamennais. La revolucion de julio ha relegado á las tinieblas de un calabozo al resto de los hombres superiores, cuyo mérito no puede juzgar, ni cuyo brillo puede sostener. En el último cuarto, conforme se sube, y bajo un techo poco elevado, que puede tocarse con las manos, nosotros, Francisco de Lamennais y Francisco de Chateaubriand, imbéciles creyentes de libertad, hablamos de cosas serias.

Por mas que se agite, sus ideas han sido vaciadas en el molde religioso: la forma ha permanecido cristiana, aun cuando el fondo se aleje cuanto se quiera del dogma: su palabra ha retenido el ruido del cielo.

Fiel, que profesa la herejía, el autor del *Ensayo sobre el indiferentismo*, habla mi idioma, con ideas que no son las mías. Si despues de haber abrazado la enseñanza evangélica popular hubiera permanecido fiel al sacerdocio, habria conservado la autoridad que han destruido sus variaciones. Los curas, los nuevos miembros del clero (y los mas distinguidos de estos levitas), iban á él: los obispos se habrian visto comprometidos en su causa, si se hubiese adherido á las libertades galicanas venerando al sucesor de San Pedro y defendiendo la unidad.

En Francia la juventud habria rodeado al misionero en quien hallaba las ideas que ama y los progresos á que aspira. En Europa los disidentes solícitos no habrian opuesto obstáculo: grandes pueblos católicos, los polacos, los irlandeses, los españoles, habrian bendecido al predicador suscitado. Roma misma habria concluido por conocer que el nuevo evangelista hacia renacer la dominacion de la Iglesia y suministraba al pontífice oprimido el medio de resistir al poder de los reyes absolutos. ¡Qué energía de vida! ¡La inteligencia, la religion, la libertad, representadas en un sacerdote!

Dios no lo ha querido: la luz falta de repente al que era la luz: el guia, ocultándose, ha dejado al rebaño en la oscuridad. A mi compatriota, cuya carrera pública se halla comprometida, le quedarán siempre la superioridad privada y la preeminencia de los dones naturales. En el órden de los tiempos, debe él sobrevivirme: le aplazo para mi lecho de muerte á fin de controvertir nuestros grandes temas en esas puertas que no vuelven á pasarse. Me agradaría ver á su genio derramar sobre mí la absolucion que su mano tenia derecho en otro tiempo á hacer descender sobre mi cabeza. Ambos hemos sido mecidos al nacer por las mismas olas: permitase á mi ardiente fe y á mi sincera admiracion esperar que encontraré todavia á mi amigo reconciliado sobre la misma ribera de las cosas eternas.

LA IDEA CRISTIANA ES EL PORVENIR DEL MUNDO.

En último resultado, mis investigaciones me llevan á deducir que la antigua sociedad se derrumba, que es imposible, á quien no sea cristiano, comprender la sociedad futura prosiguiendo su curso y satisfaciendo á la vez ó á la idea puramente republicana ó á la idea monárquica modificada. En todas las hipótesis las mejoras que se desean no pueden salir mas que del Evangelio.

En el fondo de las combinaciones de los sectarios actuales está siempre el plagio, la parodia del Evangelio; siempre se encuentra el principio apostólico: este principio está tan encarnado en nosotros, que

usamos de él como de cosa nuestra: lo presumimos natural á nosotros, aunque no lo sea: nos ha venido de nuestra antigua fe, tomando esta de dos ó tres grados de ascendencia sobre nosotros. Tal espíritu independiente que se ocupa de la mejora de sus semejantes no habria pensado nunca en ello, si el derecho de los pueblos no hubiese sido establecido por el hijo del hombre. Todo acto de filantropía á que nos consagramos; todo sistema que imaginamos en el interés de la humanidad, no es mas que la idea cristiana vuelta, cambiada de nombre y con mucha frecuencia desfigurada: ¡es siempre el Verbo que se hace carne!

¿Quereis que la idea cristiana no sea mas que la idea humana en progresion? Consiento en ello; pero abrid las diferentes cosmogonias, y vereis que un cristianismo tradicional ha precedido sobre la tierra al cristianismo revelado. Si él *Mesias no hubiese venido y no hubiese hablado*, como lo dice él mismo, no se hubiera desprendido, y las verdades habrian permanecido confusas, como se las entrevé en los escritos de los antiguos. Interpretése, pues, como se quiera, del revelador ó de Jesucristo es de quien se tiene todo; es preciso partir siempre del Salvador, *Salvator*, del consolador, *Paracletus*; de él es de quien se han recibido los gérmenes de la civilizacion y de la filosofia.

Vese, pues, que no hallo solucion para lo futuro sino en el cristianismo católico: la religion del Verbo es la manifestacion de la verdad, como la creacion es la visibilidad de Dios. No sostendré que haya de verificarse absolutamente una renovacion general, porque admito que pueblos enteros se hallan condenados á la destruccion: admito tambien que la fe se seca en ciertos países; pero si queda un solo grano de ella, si cae sobre un poco de tierra, aun cuando no sea mas que sobre los restos de un vaso, ese grano germinará, y una segunda encarnacion del espíritu católico reanimará la sociedad.

El cristianismo es la apreciacion mas filosófica y racional de Dios y de la creacion: contiene las tres grandes leyes del universo; la ley divina, la ley moral y la ley política: la ley divina, unidad de Dios en tres personas; la ley moral, *caridad*; la ley política, esto es, *libertad, igualdad, y fraternidad*. Los dos primeros principios se hallan desvenuetos; el tercero, la ley política, no ha recibido su complemento, porque no podia florecer en tanto que la creencia inteligente del ser infinito y la moral universal no estaban sólidamente establecidas. Ahora bien, el cristianismo tuvo primero que depurar los absurdos y abominaciones de que la idolatría y la esclavitud habian infestado al género humano.

Personas ilustradas no comprenden que un católico como yo se obstine en sentarse á la sombra de lo que ellas llaman ruinas; segun dichas personas, esto es una apuesta, un partido tomado. Pero dígame por favor dónde encontraré una familia y un Dios en la sociedad individual y filosófica que se me propone. Señálememe, y lo adoptaré: si no, no se encuentre mal que me acueste en la tumba de Jesucristo, único abrigo que se me ha dejado al abandonarme.

No, no he hecho una apuesta conmigo mismo: soy sincero: lo que me ha sucedido es esto: de mis proyectos, de mis estudios, de mis experiencias, no me ha quedado mas que un desengaño completo de todo lo que pasa en el mundo. Mi conviccion religiosa, engrandeciéndose, ha devorado mis demás convicciones: no hay en la tierra cristiano mas creyente ni hombre mas incrédulo que yo. Lejos de llegar á su término, la religion del libertador entra apenas en su tercer período, el período político, *libertad, igualdad, y fraternidad*. El Evangelio, sentencia de absolucion, no ha sido leído aun á todos, todavia

estamos en las maldiciones pronunciadas por Jesucristo:—«¡Desgraciados de vosotros que cargais á los hombres con pesos que no pueden llevar y que no querriais haberlos tocado con la punta del dedo!»

El cristianismo, estable en sus dogmas, es movable en sus luces; su transformacion envuelve la transformacion universal. Cuando haya llegado á su mas alto punto acabarán de disiparse las tinieblas: la libertad crucificada en el Calvario con el Mesías bajará de allí con él, y entregará á las naciones ese nuevo testamento escrito en su favor, y hasta ahora embarazado en sus cláusulas. Los gobiernos pasarán, el mal moral desaparecerá, la rehabilitacion anunciará la consumacion de los siglos de muerte y de opresion nacidos de la caida.

¿Cuándo llegará ese dia deseado? ¿Cuándo se recompondrá la sociedad con arreglo á los medios secretos del principio generador? Nadie podria decirlo: no es posible calcular las resistencias de las pasiones.

Mas de una vez la muerte aletargará razas, deramará el silencio sobre los sucesos como la nieve caida durante la noche hace cesar el ruido de los carruajes. Las naciones no crecen tan rápidamente como los individuos de que se componen, y no desaparecen tan pronto. ¿Cuánto tiempo no se necesita para llegar á una sola cosa que se busque! La agonía del Bajo Imperio creyó no tener fin: la era cristiana, tan extendida ya, no ha bastado á la abolicion de la esclavitud. Bien sé que estos cálculos no se acomodan al temperamento francés: en nuestras revoluciones no hemos admitido nunca el elemento del tiempo: por eso nos quedamos siempre desconcertados con los resultados contrarios á nuestras impacencias. Llenos los jóvenes de un generoso valor, se precipitan y aavanzan con la cabeza baja hacia una region elevada que entrenen y se esfuerzan por llegar á ella: no hay cosa mas digna de admiracion; pero gastarán su vida en esos esfuerzos, y luego que lleguen al término de error en error, consignarán el peso de los años frustrados á otras generaciones engañadas que lo llevarán hasta las vecinas tumbas, y así sucesivamente. Ha vuelto el tiempo del estierro; el cristianismo vuelve á empezar en la esterilidad de la Tebaida en medio de una idolatría temible, la idolatría del hombre hacia sí mismo.

Hay dos consecuencias en la historia: una inmediata, y que se conoce desde luego, y otra lejana, y que no se echa de ver al pronto. Estas consecuencias se contradicen muchas veces; unas proceden de nuestra corta sabiduría, las otras de la sabiduría perdurable. El suceso providencial aparece tras el suceso humano. Dios se levanta tras de los hombres. Negad cuanto querais el supremo consejo; no admitais su accion; disputad sobre las palabras; llamad fuerza de las cosas ó razon lo que el vulgo llama Providencia; contemplad el fin de un hecho consumado, y vereis que siempre ha producido lo contrario de lo que se esperaba de él, cuando no ha sido establecido primero sobre la moral y la justicia.

Si el cielo no ha dictado su última sentencia; si ha de llegar un porvenir fuerte y libre, ese porvenir está lejano aun, muy lejos, mas allá del horizonte visible; no se podrá llegar á él sino con el auxilio de esa esperanza cristiana cuyas alas crecen á medida que todo parece frustrarla, esperanza mas larga que el tiempo y mas fuerte que la desgracia.

RECAPITULACION DE MI VIDA.

La obra inspirada por mis cenizas y destinada á mis cenizas, ¿subsistirá despues de mí? Posible es que mi trabajo sea malo; es posible que al ver la luz

estas *Memorias* se borren; al menos las cosas que me he referido habrán servido para engañar el fastidio en esas últimas horas, de las que nadie quiere ni sabe qué hacer. Al término de la vida hay una edad amarga; nada agrada, porque uno no es digno de nada, no siendo bueno para nadie; y antes bien, sirviendo de carga á todos, junto á su último lecho, no hay mas que dar un paso para llegar á él: ¿de qué serviría sonar sobre una playa desierta? ¿Qué amables sombras divisaría uno en el porvenir? ¿Vayan enhoramala las nubes que vuelan ahora sobre mi cabeza!

Una idea me ocurre y me turba: mi conciencia no está tranquila acerca de la inocencia de mis vigi-

lias: temo mi ceguedad y la complacencia del hombre por sus faltas. ¿Lo que escribo está bien, según la justicia? ¿Están rigorosamente observadas la moral y la caridad? ¿He tenido derecho á hablar á los demás? ¿De qué me serviría el arrepentimiento si estas *Memorias* hiciesen algun mal? ¿Ignorados y ocultos de la tierra, vosotros, cuya vida, grata á los altares, opera milagros, salud á vuestras secretas virtudes!

Ese pobre desprovisto de ciencia, y de quien nadie se ocupará jamás, ha ejercido por la sola doctrina de sus virtudes sobre sus compatriotas de padecimiento la influencia divina, que emanaba de las virtudes de Jesucristo. El libro mas hermoso de la tierra



CHATEAUBRIAND EN CASA DE MDE. DE RECAMIER.

no vale tanto como un acto desconocido de esos mártires sin nombre, cuya sangre habrá mezclado Herodoto á sus sacrificios.

Me habeis visto nacer: habeis visto mi infancia, la idolatría de mi singular creacion en el palacio de Combourg, mi presentacion en Versalles, mi asistencia en París al primer espectáculo de la revolucion. En el Nuevo-Mundo encuentro á Washington: me interno en los dosques: el naufragio me devuelve á las costas de mi Bretaña. Sucédense mis padecimientos como soldado, mis miserias como emigrado. Devuelto á Francia, compongo *El Genio del cristianismo* En una sociedad cambiada cuento y pierdo amigos. Bonaparte me detiene, y se arroja con el cuerpo ensangrentado del duque de Enghien ante mis pies: deten-

go yo á mi vez y conduzco al grande hombre desde su cuna en Córcega hasta su sepulcro en Santa Elena. Tomo parte en la restauracion y la veo terminar.

Así es que he conocido la vida pública y privada. Cuatro veces he cruzado los mares: he seguido al sol en Oriente y tocado las ruinas de Menfis, de Cartago, de Esparta y de Atenas: he orado en el sepulcro de San Pedro y adorado en el Gólgota. Pobre y rico, poderoso y débil, feliz y miserable, hombre de accion y hombre de pensamiento, he puesto mi mano en el siglo, mi inteligencia en el desierto: la existencia afectiva se ha presentado á mí en medio de las ilusiones, lo mismo que aparece la tierra á los marineros entre las nubes. Si estos hechos, esparcidos en mis sueños como el barniz que preserva pinturas frágiles

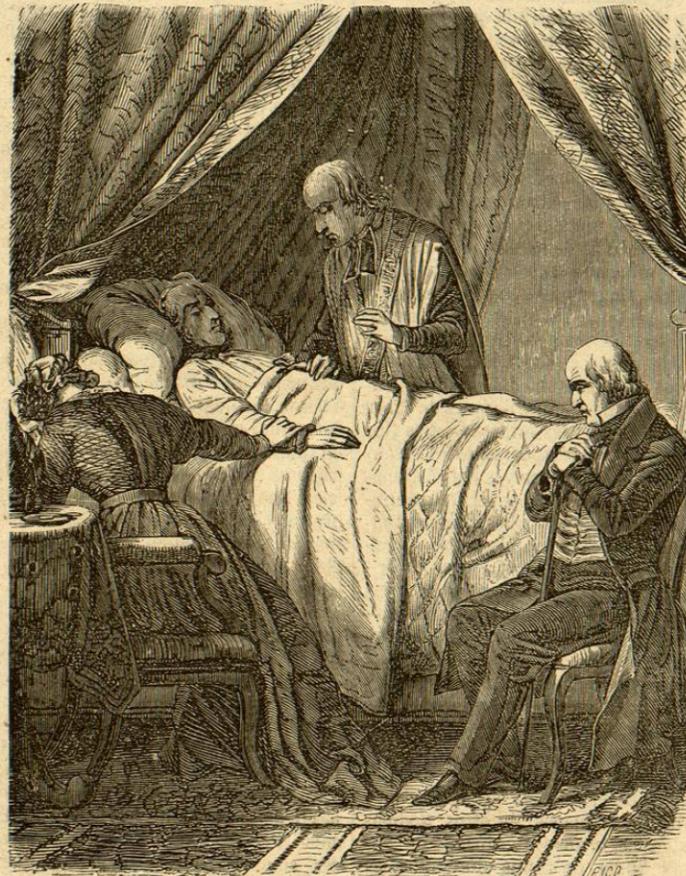
no desaparecen, indicarán el sitio por donde ha pasado mi vida.

En cada una de mis tres carreras me habia propuesto un objeto importante: viajero, he aspirado á descubrir el mundo polar; literato, he procurado restablecer el culto sobre sus ruinas; hombre de Estado, me he esforzado en dar á los pueblos el sistema de la monarquía templada, en hacer que la Francia recuperase su puesto en Europa, en volverle la fuerza que le habian hecho perder los tratados de Viena: al menos he contribuido á conquistar esa libertad que vale por todas; la libertad de la prensa. En el órden divino,

religion, y libertad; en el orden humano, honor y gloria (que son la generacion humana de la religion y de la libertad); eso es lo que he deseado para mi patria.

De los autores franceses de mi época soy casi el único que se asemeja á sus obras: viajero, soldado, publicista, ministro, he cantado los bosques en los bosques; he pintado el océano desde los buques; he hablado de las armas en los campamentos; he aprendido el destierro en el destierro y en las córtes, en los negocios y en las asambleas he estudiado los príncipes, la política y las leyes.

Los oradores de Grecia y de Roma fueron mezcla-



MUERTE DE CHATEAUBRIAND.

dos á la cosa pública y participaron de su suerte: en la Italia y la España de á fines de la edad media y del renacimiento, los primeros ingenios en las letras y en las artes tomaron parte en el movimiento social. ¿Qué vidas tan bellas y borrascosas las del Dante, El Taso, Camoens, Ercilla y Cervantes! En Francia, antiguamente nuestros cánticos é historias nos llegaban de nuestras peregrinaciones y de nuestros combates; pero desde el reinado de Luis XIV nuestros escritores han sido con frecuencia hombres aislados, cuyos talentos podian ser la expresion del espíritu, no de los hechos de su época.

Yo por fortuna ó por desgracia, despues de haber acampado bajo la choza del iroqués y bajo la tienda del árabe; despues de haber vestido la túnica del salvaje y el caftan del mameluco, me he sentado á la mesa de los reyes para caer de nuevo en la indi-

gencia. Me he ocupado de la paz y de la guerra; he firmado tratados y protocolos; he asistido á sitios, á congresos, á cónclaves, á la reedificacion y á la demolicion de los tronos: he redactado historia y podia escribirla, y mi vida solitaria y silenciosa caminaba al través del tumulto y del ruido, con las hijas de mi imaginacion. Atala, Amelia, Blanca, Belleda, sin hablar de lo que podria llamar las realidades de mis dias, si no tuviesen la seduccion de las quimeras. Temo haber tenido un alma de la especie de aquella que un filósofo antiguo llamaba una enfermedad sagrada.

Me he hallado entre dos siglos, como en la confluencia de dos rios, y me he sumergido en sus turbias aguas, alejándome á mi pesar de la antigua costa en donde nací, nadando con esperanza hácia una ribera desconocida.

RESÚMEN DE LOS CAMBIOS OCURRIDOS EN EL GLOBO DURANTE MI VIDA.

La geografía entera ha cambiado desde que, según la expresión de nuestros antiguos usos, he podido mirar el cielo de mi cama. Si comparo dos globos terrestres, uno del principio y otro del fin de mi vida, no los reconoceré. Se ha desubierto y poblado una quinta parte de la tierra, la Australia; unas velas francesas acaban de divisar un sexto continente en los hielos del polo Antártico y los Parry, los Ross, los Franklin, han recorrido en nuestro polo las costas que delimitan el límite de la América en el septentrión: África ha abierto sus misteriosas soledades: por último, no hay rincón de nuestra morada que sea ignorado en la actualidad. Se acomete á todas las lenguas de tierra que separan el mundo, y pronto se verá sin duda cruzar buques por el istmo de Panamá, y quizá por el de Suez.

La historia ha hecho paralelamente descubrimientos en el fondo de los tiempos: las lenguas sagradas han dejado leer su vocabulario perdido: hasta los granitos de Mezraim ha descifrado Champollion, esos geroglíficos que parecían ser un sello puesto en los labios del desierto, y que respondía de su eterna discreción (1). Si las nuevas revoluciones han borrado del mapa la Polonia, la Holanda, Génova y Venecia, otras repúblicas ocupan una parte de las riberas del grande Océano y del Atlántico. En estos países la civilización perfeccionada podría prestar auxilio á una naturaleza enérgica: los barcos de vapor subirían esos ríos destinados á ser comunicaciones fáciles, después de haber sido obstáculos invencibles: las orillas de esos ríos se cubrirían de ciudades y aldeas, como de los desiertos del Kentuki hemos visto salir nuevos Estados americanos. En aquellos bosques tenidos por impenetrables correrían esos carruajes sin caballos, transportando enormes pesos y millares de viajeros: Por aquellos ríos y por aquellos caminos bajarían con los árboles para la construcción de buques las riquezas de las minas que servirían para pagarlos; y el istmo de Panamá rompería su barrera para dar paso á esos buques al uno ú otro mar.

La marina que toma del fuego el movimiento no se limita á la navegación de los ríos, sino que cruza el Océano: las distancias se acortan: no hay ya corrientes ni monzones, ni vientos contrarios ni bloques, ni puertos cerrados. Distancia hay de estos cuentos industriales á la aldea de Planconet: en aquella época las damas jugaban á los juegos de otros tiempos en su hogar; las aldeanas hilaban el cáñamo de sus vestidos; la delgada bugía de resina alumbraba las veladas de aldea: la química no había operado sus prodigios; las máquinas no habían puesto en movimiento todas las aguas y todos los hierros para tejer las lanas ó bordar las sedas: el gas, que permanecía aun en los meteoros, no suministraba la luz á nuestros teatros y á nuestras calles.

Estas transformaciones no se han limitado á nuestras moradas: el hombre por el instinto de su inmortalidad, ha envidiado arriba su inteligencia: á cada paso que ha dado en el firmamento, ha reconocido

(1) Mr. C. Lenormant, sabio compañero de viaje de Champollion, ha preservado la gramática de los obeliscos que monsieur Ampère ha ido á estudiar hoy en las ruinas de Tebas y de Menfis.

milagros del poder infinito. Aquella estrella que parecía sencilla á nuestros padres, es doble y triple á nuestros ojos: los soles, interpuestos delante de soles, se hacen sombra, y carecen de espacio para su muchedumbre. En el centro de lo infinito ve Dios desfilar en rededor suyo esas magníficas teorías, pruebas añadidas á las pruebas del Ser Supremo.

Representémoslos, según los adelantos de la ciencia, á nuestro mezquino planeta nadando en un océano de olas de soles, en esa vía, materia bruta de luz; metal en fusión de mundos que formara la mano del Criador. La distancia de tales estrellas es tan prodigiosa, que su brillo no podrá llegar á la vista que las contemple sino cuando esas estrellas sean extinguidas; el foco antes que el rayo. ¡Qué pequeño es el hombre sobre el átomo en que se mueve! ¡Pero que grande al mismo tiempo como inteligencia! ¡Sabe cuando el rostro de los astros debe escurecerse con sombra, á qué vuelven los cometas después de millares de años, el, que solo vive un momento! Insecto microscópico en un pliegue del vestido del cielo, los globos no le pueden ocultar un solo paso suyo en la profundidad de los espacios. ¡Qué destino alumbrarán aquellos astros, nuevos para nosotros? ¿A qué nueva fase de la humanidad está ligada la revelación de aquellos astros? Vosotras lo sabéis, razas que estais por nacer, yo lo ignoro, y me retiro.

Merced á la exorbitancia de mis años, está terminado mi monumento. Esto es para mí un gran consuelo: sentía que alguien me empujaba: el patron del barco en que tengo reservado mi asiento me advertía que no me quedaba mas que un momento para subir á bordo. Si hubiese sido el dueño de Roma, diría, como Sila, que acabo mis *Memorias* el día antes de mi muerte, pero no concluiré mi narración con estas palabras como él concluye la suya: «He visto en sueños á uno de mis hijos que me mostraba á Metela, su madre, y me exortaba á ir á gozar del reposo en el seno de la felicidad eterna. Si hubiese sido yo Sila, la gloria no hubiera podido darme nunca el reposo ni la felicidad.

Se formarán nuevas tempestades; hasta se creen sentir calamidades que dejarán atrás las aflicciones que nos han abrumado: ya se piensa en vendar de nuevo las antiguas heridas para volver al campo de batalla. Sin embargo, no creo que sobrevengan nuevas desgracias: pueblos y reyes están igualmente cansados: no caerán sobre Francia catástrofes imprevisas; lo que me seguirá no será sino el efecto de la transformación general. Sin duda se tocarán situaciones penosas: el mundo no puede cambiar de faz sin dolor. Pero, lo repito, no se verán revoluciones aisladas, sino á la gran revolución que marcha á su término. Las escenas de mañana no me tocan á mí, y llaman á otros pintores; con que á ello, señores.

Al trazar estas últimas palabras hoy 16 de noviembre de 1841, mi ventana, que cae al Oeste de los jardines de las misiones extranjeras, está abierta: son las seis de la mañana: diviso la luna pálida y creciente que desciende sobre la flecha del campanario de los Inválidos, revelada apenas por el primer rayo dorado del Oriente: no parece sino que el mundo antiguo acaba y principia el nuevo. Veo los reflejos de una aurora cuyo sol no veré aparecer. Solo me queda sentarme al borde de mi tumba, después de lo cual bajaré resueltamente con el crucifijo en la mano á la eternidad.

FIN.

INDICE DE ESTAS MEMORIAS.

PÁG.	PÁG.
Dedicatoria.	3
Introducción.	id.
Memorias (1841).	5
Nacimiento de mis hermanos y hermanas.—Mi venida al mundo.	9
Planconet.—Voto.—Combourg.—Plan de mi padre para mi educación.—La Villeneuve.—Lucila.—Las señoritas Couppart.—Principios de mal estudiante (1812).	id.
Vida de mi abuela materna y de su hermana en Planconet.—Mi tío y el conde de Bedée en Monchois.—Relajación del voto de mi nodriza.	10
Gesril.—Hervina Magon.—Combate contra dos grumetes.	16
Carta de Mr. Pasquier.—Dieppe.—Cambio de mi educación.—La primavera en Bretaña.—Bosque histórico.—Campos pelagianos.—Ocaso de la luna en el mar.	17
Salida para Combourg.—Descripción del castillo.	18
Colegio de Dol.—Matemáticas y lenguas.—Rasgos de mi memoria.	19
Vacaciones en Combourg.—Vida del campo en provincia.—Costumbres feudales.—Habitantes de Combourg.	20
Segundas vacaciones en Combourg.—Regimiento de Conti.—Campamento de Saint-Malo.—Una abadía.—Teatro.—Casamiento de mis dos hermanas mayores.—Regreso al colegio.—Revolución en mis ideas.	21
Aventura de la Marica.—Terceras vacaciones en Combourg.—El charlatan.—Regreso al colegio.	23
Invasión de la Francia.—Juegos.—El abad de Chateaubriand (1813).	26
Primera comunión.—Mi salida del colegio de Dol.	id.
Misión en Combourg.—Colegio de Rennes.—Vuelvo á encontrar á Gesril.—Moreau, Limolan.—Casamiento de mi tercera hermana.	27
Envíame á Brest para sufrir el exámen de guardia marino.—El puerto de Brest.—Vuelvo á encontrar á Gesril.—La Perouse.—Mi regreso á Combourg (1814).	29
Paseo.—Aparición de Combourg (1817).	30
Colegio de Dinan.—Broussais.—Vuelvo á casa de mis padres.	id.
Vida en Combourg.—Distribución del día y de la noche.	31
Mi torreón.	32
Tránsito del estado de niño al de hombre.	33
Lucila.	id.
Primer soplo de la musa.	34
Manuscrito de Lucila.	id.
La aurora.	id.
A la luna.	id.
La inocencia.	id.
Últimas líneas escritas en la Vallée-aux-loups.—Revelación sobre el misterio de su vida.	34
Fantasma de amor.	35
Dos años de delirio.—Ocupaciones y quimeras.	36
Mis diversiones en el otoño.	37
Encantamiento.	id.
Tentación.	38
Enfermedad.—Temo y rehuso abrazar el estado eclesiástico.—Proyecto de viaje á las Indias.	id.
Un momento en mi ciudad natal.—Recuerdo de Villeneuve y de las tribulaciones de la infancia.—Vuelvo á ser llamado á Combourg.	id.
Última entrevista con mi padre.—Entro en el servicio.—Adios á Combourg.	39
Berlin.—Postdam.—Federico (1821).	40
Mi hermano.—Mi primo Moreau.—Mi hermana la condesa de Tarcy.	41
Julia en el mundo.—Comida.—Ponmereul.—Madama de Chatenay.	42
Cambray.—El regimiento de Navarra.—La Martinière.	43
Muerte de mi padre.	id.
Lágrimas.—¿Hubiera llegado yo á obtener el aprecio de mi padre?	44
Regreso á Bretaña.—Mi estancia en casa de mi hermana mayor.—Mi hermano me llama á París.	45
Mi vida solitaria en París.	id.
Presentación en Versalles.—Cacería con el rey.	47
Una temporada en Bretaña.—Guarnición de Dieppe.—Regreso á París con Lucila y Julia.	50
Delisle de Sales.—Flinis.—Vida de un literato.	51
Escritores.—Retratos.	id.
La familia de Rosambo.—Mr. de Malesherbes; su predilección á Lucila.—Aparición y transformación de mi Sífide.	53
Primeros movimientos políticos en Bretaña.—Ojeada sobre la historia de la monarquía.	54
Constitución de los Estados de Bretaña.—Su celebración.	55
Renta del rey en Bretaña.—Renta particular de la provincia.—El Fogage.—Asisto por primera vez á una reunión política.—Escena.	56
Mi madre retirada en Saint-Malo.	57
La primera tonsura.—Cercanías de Saint-Malo.	id.
El aparecido.—La enfermedad.	58
Estados de Bretaña en 1789.—Insurrección.—Muerte de Saint-Riveul, mi compañero de colegio.	59
Año de 1789.—Viaje de Bretaña á París.—Movimiento sobre París.—Aspecto del mismo.	id.
Vuelta de Mr. Necker.—Versalles.—Regocijo de la familia real.—Insurrección general.—	id.